
La Facultad de Teología en la Universidad

—Lección Inaugural del Año Académico 1984—

Alfonso Borrero Cabal, S.J.*

I. LA HISTORIA

1. La 'Facultas princeps'

La Facultad de Teología, alma y guía de la 'universitas' medieval, constituyó para el hombre de esos tiempos garantía del saber absoluto: la ciencia de Dios. La 'sacratísima' presentaba las verdades de la fe, sobre las cuales no cabía la menor sombra de duda, en íntimo acuerdo con la razón. Ella circunscribía el mundo y definía lo que en el mundo se contiene (1).

Era eje de todo el saber universitario. Cuanto en la facultad de artes se enseñaba —más tarde en la de filosofía— y los conocimientos de las facultades médica y jurídica, se justificaban por ser auxiliares y dependientes de la teología (2).

Se la conocía como la 'facultas princeps'. En el siglo XIII escribe así San Buenaventura, maestro de la Universidad de París: "La multiforme sabiduría de Dios, que con gran caridad se nos manifiesta en la Sagrada Escritura, se oculta en todo

* Licenciado en Filosofía y Teología, Doctor en Arquitectura, Ex-rector de la Universidad Javeriana, Secretario Ejecutivo de la Asociación Colombiana de Universidades, Bogotá.

(1) SOTELO, IGNACIO. *Universidad y Política*. En Dou, Alberto (Editor), *Sobre la Universidad*. Biblioteca Fomento Social. Mensajero, Bilbao, 1982, p. 194.

(2) Ibid.

conocimiento y en toda naturaleza. Aparece, además, cómo todo documento, presta vasallaje a la teología, por lo que ella toma los ejemplos y utiliza la terminología perteneciente a todos los géneros de conocimientos. Muéstrase también cuánto sea la amplitud de la vía iluminativa y de qué manera en lo íntimo de toda cosa sentida o conocida está latente el mismo Dios" (3).

De otra parte, la universidad, sobre todo la condensación de maestros y estudiantes sita en París, se constituyó en doble instrumento de poder en manos del Papado. Sin este interés papal por la universidad, no se explicaría su tan rápido y brillante desarrollo (4). Porque, centro teológico de la cristiandad la 'universitas', fue medio para la conservación y extensión del mensaje revelado, y a más de lo dogmático y moral ella alojó en su seno el complejo mundo político de la Edad Media.

Pero a la vez, el orden político, como cualquier otro tipo de realidad humana, se legitimaba y fundamentaba en la teología, lo que plantea la cuestión, típicamente medieval, de la dependencia del poder temporal del espiritual. Este hecho

"constituye de por sí uno de los factores propios de diferenciación del occidente europeo, en cuanto implica ya la distinción entre el poder espiritual y el temporal, sea cual fuere el modo de subordinación. Justamente la consolidación de los centros de poder en la Edad Media —en rigor, una multiplicidad y enorme difusión del poder, 'poliarquía'— lleva en su entraña la semilla de la ulterior 'secularización', uno de los elementos constitutivos de la peculiaridad cristiano-europea y que, por ejemplo, es ajena al mundo islámico. Las luchas entre el poder civil y el eclesiástico, entre el poder temporal y el espiritual, repercuten masivamente en la Universidad medieval y no solo en el contenido de la enseñanza" (5).

En suma, que "la universidad europea surgió dentro del ámbito protector y organizador de la cultura cristiana, circunstancia que más tarde daría origen a una situación de desagradable tutelaje, mantenida hasta fines del siglo XVIII (6). No que todas las universidades de entonces hubieran tenido facultad de teología. Pero el carecer de ella no se debió a un asunto de principio. Simplemente aconteció que

(3) SAN BUENAVENTURA DE BAGNOREGIO, *De reductione artium ad Theologiam*, Citado por Illanes, José Luis. *Teología y Ciencias en una visión cristiana de la Universidad*, Universidad Católica de Valparaíso, 1982, p. 19.

(4) SOTELO, op. cit., p. 194.

(5) Ibid, pp. 194-195. Este asunto fue ampliamente discutido en la Edad Media, Ver: JOHN OF PARIS, *On Royal and Papal Power*, The Pontifical Institute of Medieval Studies, Toronto, Canadá, 1971.

(6) TRILHAAS, WOLFANG, *La Teología en la Universidad*; en Bahrdr H.P., et alii, *La Universidad: Ensayos de autocrítica*, Sur Buenos Aires, 1965, p. 49.

algunas universidades no la tuvieron (7). Fueron, con todo, universidades medievales.

Por las circunstancias dichas, la 'Facultas theologica' siempre se sintió en la universidad como en su propia casa. Ni pasó por mientes suyas aislarse de este su tejido vital. Por fuera del concierto universitario, "la teología hubiera pagado muy caro una eventual ganancia práctica y caído en el provincialismo espiritual de su especial situación, sin que la satisfacción de los deseos secretos o manifiestos de la jerarquía eclesiástica hubieran podido servirle de consuelo en este caso" (8).

2. Antecedentes de un alejamiento

Pero desde fines del siglo XVIII, sin que la facultad de teología lo hubiera querido, su permanencia dentro de la mansión universitaria empezó a ser un problema. Digamos que si hasta el momento dicho, el mundo intelectual de Europa —en la medida en que estaba agrupado alrededor de la universidad— tenía que justificarse ante la teología, ahora precisamente la teología tuvo que buscar motivos que legitimaran su presencia en la universidad (9).

De hecho, hubo antecedentes medievales que explican el ulterior alejamiento. Amagos de estorbo. Pues, aunque se crea lo contrario, la universidad medieval, especialmente en su 'sacratissima facultas theologica', fue de contradicciones y de oposiciones, del 'sic et non' que no cesaban, así la autoridad interna o externa hubiera mediado en el debate.

Además, desde el siglo XIII pugnarón en la universidad medieval "dos tendencias contradictorias, de las cuales una hubiera culminado en hacer de ella un centro de estudios puramente científicos y desinteresados, mientras que la otra buscaba subordinar estos estudios a los fines religiosos, poniéndolos al servicio de una teocracia intelectual" (10). Como quien dice, que no obstante lo antes señalado sobre la persistente orientación teológica y filosófica de la universidad en el medioevo, en ella nacieron también los intereses por las ciencias profanas.

Hasta el Renacimiento prevaleció la segunda tendencia, sustituida por la primera a causa de la Revolución científica. Con todo, en consecuencia de las reformas protestante y católica, cambiadas ya las circuns-

(7) MCGRATH, S.J. FERGAL. *The Consecration of Learning. Lectures on Newman's Idea of a University*. Fordham University Press, 1962, p. 114.

(8) TRILHAAS, op. cit.

(9) *Ibid*, p. 52

(10) SOTELO, p. 194, citando a GILSON, ETIENNE. *La Philosophie au Moyen Age*. Paris, 1952, p. 393.

tancias políticas y culturales de la Edad Media, aparecieron como fruto de las dos reformas los confesionalismos religiosos de las universidades. Los protestantes primero y el católico después.

Las secuelas de la reforma luterana trajeron consigo, especialmente en Alemania, el sometimiento de las facultades de teología a las nuevas doctrinas, y de la universidad entera al control político. La Reforma católica, además de las decisiones del Concilio de Trento (1545-1563), orientadas a multiplicar los seminarios conciliares —anterior de seminario, se había dado en Florencia desde 1436—, decidió las prácticas inquisitoriales que afectaron la libertad de investigación teológica.

La teología entonces se fue haciendo al ambiente tranquilo y seguro de los seminarios y de los colegios máximos de las órdenes y congregaciones religiosas; y los teólogos, por su parte, se acostumbraron a una situación que quizás llegó a serles placentera: a vivir y pensar en techo aparte o a la más colindante física e institucionalmente con las universidades (11).

3. En el siglo XVIII

Lo acontecido con la teología en el siglo XVIII se debe, además, a la Ilustración, por lo mismo que sus

'luces' proclamaban el absoluto poder de la razón; a la confianza en las posibilidades liberadoras de las ciencias naturales y el endiosamiento del Estado. Y porque la crítica histórica en el siglo XVIII, afinaba con claro método la investigación científica, reaccionó contra la exclusividad de la historia sagrada y la metafísica tradicional de la imagen del mundo que nos hablan de una historia de salvación.

La Universidad de Gotinga (1737) entre sus muchas notas novedosas y diferentes, fue también la primera en suprimir el estatuto que concediera a la facultad de teología preeminencia y derecho de censura sobre las restantes facultades. Pero al menos Gotinga consideró la teología como parte de su entidad universitaria, bajo nuevas orientaciones. Cuando el teólogo Mosheim inauguró sus cursos y seminarios de teología en Gotinga, en 1747, rompió fuegos con el tema 'de odio theologico', donde sometió a juicio de lo que él denominaba fanatismo religioso, e inauguró la crítica histórica de los textos. Los estudios orientales se antepusieron entonces a las discusiones dogmáticas. El cristianismo fue buscado en sus propias fuentes históricas, para definir sus principios de acuerdo con la exégesis científica. En este esfuerzo nuevo, la teología se vió apoyada por los filólogos de la misma Universidad: Gesner, Ernesti y Heyne (12).

(11) GUSDORF, GEORGES, *L'Université en Question*, Payot, Paris, 1964, pp. 21, 22, 33. Trilhaas, op. cit.

(12) GUSDORF, op. cit., p. 64.

En Gotinga se dió, pues, motivo del aislamiento que a la teología se le obligaba. Pero agreguemos otra razón que obedece a resortes muchas veces emotivos y apasionados. En Hegel (1770-1831), la teología católica tuvo ferviente enemigo. El estado prusiano se mofaba del catolicismo y quiso intervenir la enseñanza ofrecida en las Facultades católicas de Teología. Actitud similar adoptaron otros estados de Alemania. Tanto que algunas facultades de teología protestante, en donde prevaleció el racionalismo, dada la intervención rampante del Estado —como en el caso de la Renania— se aliaron con las católicas para conjunta protección.

4. La facultad de teología en la universidad moderna

Pero hete aquí que quienes estimulaban la contienda, validos del concepto naturalista de religión que la ilustración presentaba al mundo, pasaron a objetar, ahora de modo abierto y llano, el hospedaje de la teología bajo la techumbre universitaria. Hasta el punto de poder afirmarse que el nacimiento de la universidad moderna se realiza en parte con la liberación del dominio de la teología, a partir del siglo

XVIII (13); y más en concreto desde los primeros años del siglo XIX, cuando los alemanes reelaboraron el concepto de universidad.

Emmanuel Kant (1724-1804), en 'El conflicto de las Facultades', excluye la teología del mundo de las ciencias. En la raíz de esta actitud se encuentra su pensar agnóstico y subyace el racionalismo de la 'Aufklärung', la Ilustración, con la que entronca. Esta visión kantiana es coherente con el debate en que unos niegan a la teología su condición de saber científico (14).

Si no el primero, Fichte (1762-1814), discípulo de Kant, con mayor severidad puso en tela de juicio la relación de la teología con la universidad y de la universidad con la teología (15).

Plantea su opinión en 1807: "Una escuela —escribe— del uso científico del entendimiento, presupone que se puede entender y comprender hasta el último fundamento aquello a lo que (el entendimiento se entrega); por consiguiente, cuanto niegue para sí el uso del entendimiento y se presente desde un comienzo como un misterio inconcebible, tiene que quedar excluido

(13) TRILHAAS, op. cit.

(14) KANT, *El Conflicto de las Facultades*. Buenos Aires, 1963. Citado por Illanes, op. cit., p. 16.

(15) FICHTE, JUAN TEOFILO. *Plan razonado para erigir en Berlín un establecimiento de enseñanza superior que esté en conexión adecuada con una academia de ciencias: En Idea de la Universidad en Alemania*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1959. Trilhaas, p. 50 y ss., donde este autor comenta que el pensamiento de Fichte en este punto es tanto más sorprendente si se considera que fue él uno de aquellos filósofos sin cuyo sistema especulativo no se podrá concebir la historia de la nueva teoría protestante.

(de la Universidad) por su propia esencia". Y más adelante: "La teología, a menos que esté dispuesta a renunciar solemnemente a su pretensión de misterio, no puede ser admitida en una escuela de la ciencia". "En realidad, dice Wolfgang Trilhaas, la idea de universidad en Fichte es sólo la idea de una escuela filosófica en la que naturalmente la religión (natural) ocupa una posición muy alta", pero que "desplaza todo aquello que se refiere a la aplicación de la Biblia o a la habilidad del pastor" (16).

(El segundo argumento de orden práctico, hizo a Fichte pensar que tampoco las aplicaciones de la ciencia jurídica, la abogacía; o de las ciencias biológicas, la medicina, tenían nada qué hacer bajo el techo universitario).

Pero de estas dos condiciones que el maestro de Jena impuso a la teología para albergarse en la universidad, la primera ignora la racionalidad de los preámbulos de la fe; y la segunda, que vale también para todas las ciencias aplicadas, es una falta de realismo y ajena al concepto filosófico. Pues ninguna ciencia soporta renuncia total a la aplicación. "No existe ninguna naturaleza en sí, sino la naturaleza que

se estudia en los institutos de botánica o zoología; no existe ninguna medicina que no alcance su dignidad más completa en el enfermo concreto. Tampoco existe una teología que no esté ligada a una iglesia y que no desee servirla". "La idea de la aplicación no significa que los conocimientos obtenidos científicamente sean utilizados en la praxis en ámbito independiente de la ciencia, de manera tal que la aplicación constituya cuestión ajena y en todo extraña a la ciencia. Pese a esto y partiendo de tal concepción, Fichte —y también Humboldt— excluyó la idea de la ciencia aplicada del concepto de una universidad nueva, y, de esta manera eliminó las ciencias aplicadas y la técnica que ya se anunciaban en las alboradas del siglo" (17).

Para Fichte, lo único que en esta nueva universidad tendrá cabida, en cuanto a teología se refiere, no es la teología o facultad como tal, sino una idea o teoría pura de la religión, filosóficamente concebida y ajena a toda historicidad (18).

Más tarde la presencia de la facultad de teología en la universidad será combatida con las armas

(16) TRILHAAS, op. cit. O. 51. Con los mismos criterios, el pensamiento de Fichte elimina de la universidad cualquiera otra teología. Ni en la islámica se entendería la presencia de las ciencias ocultas.

(17) TRILHAAS, p. 53.

(18) Convendría recordar el pensamiento de Schleiermacher, uno de los que pensaron la universidad alemana del siglo XIX, cuando, en 1799, combate la idea defendida por la Ilustración, de una religión natural, alegando en favor de las religiones positivas o históricas. TRILHAAS, p. 55.

del positivismo de Compte (1798-1857). Agreguemos a todas las causas dichas, el nacimiento de las profesiones modernas, eminentemente prácticas y técnicas. Pues si el concepto de 'professio' que elaboró el medioevo se ajustó bien, lo mismo a la teología que al derecho y la medicina, cambiado el concepto de profesión en la edad moderna y contemporánea, al soplo de la utilización práctica y del servicio social, la profesión teológica no resultó tan amoldable a las nuevas concepciones profesionales. En nada interesaba ella a la industria y al comercio. Le resultaba incómoda al comercio y a porciones de la sociedad.

En suma, que el conflicto planteado con las facultades de teología obedeció al intento de muchos por anteponer siempre el poder de la razón al valor de la revelación; a la actitud defensiva de injerencia del estado en materia de conciencia; el 'odium theologicum', y al pragmatismo profesional. Pero además, estaba, de por medio el breve de Pío VII (1830) concerniente a la educación de los hijos nacidos de matrimonio de mixta religión, que tanta discusión despertó en Alemania, especialmente (19).

5. Facultad de Teología y modelos de universidad

Nacidos los primeros modelos o modos de ser universitarios en la centuria decimonónica, es explicable que cada uno adoptara posiciones respecto a la teología en la institución del saber.

En el caso del modelo alemán, quedó expuesto el principio de Fichte. Que fue un principio, porque de hecho las facultades de teología continuaron perteneciendo al enjambre académico de algunas universidades, ya en calidad de integrante o como entes anexos a la universidad, especialmente en el caso de las facultades católicas (20).

Durante el episodio político y bélico de nacional-socialismo alemán, el "Führer" Hitler desconoció la facultad de teología en la universidad alemana, o a lo más la sustituyó, como asignatura, con erudiciones antropológicas de la antigua teogonía germana (21).

El idealismo que gestó los principios universitarios de Alemania tuvo sin cuidado a Napoleón cuando causara el desbarajuste de la universidad francesa, con leyes de

(19) D'IRSAY, STEPHEN, *Histoire des Universités Françaises et Etrangères des origines a nos jours*. Picard, París, 1933, Tome II, pp. 218-220.

(20) Actualmente existen facultades de teología evangélica en varias universidades de Alemania Occidental y también en la R.D.A. También la de Teología católica. Ver datos en TRILHAAS, op. cit., pp. 55-56.

(21) NASH, ARNOLD, S. *The University and the Modern World*. An essay in the Social Philosophy of University Education. S.C.M. Press, London, 1945, p. 119.

1806 y 1808. Imbuído del pragmatismo 'ilustrado', prefirió pensar que solo lo útil obtenía cabida en su institución universitaria cuasi militar, desentendido de todo nexo sustentante y unificador de la universidad, por la ciencia. Del repertorio disparatado de sus escuelas 'especiales' y 'profesionales' el Emperador desterró la teología, pues, ¿qué aplicación práctica podría esperar de la ciencia sagrada? Si alguna razón tuvo para tomarla en cuenta, ésta, más de orden político, le sugirió tolerar la teología, pero relegada a los grandes seminarios eclesiásticos.

Con todo, por cauces enfrentados, el pragmatismo napoleónico y el pensamiento alemán originaron esa faceta de estilo moderno de universidad laica, una de cuyas notas es no contar, de principio, con la facultad de teología, por inútil y por ausencia del carácter científico.

En el modelo británico la facultad de teología es flujo del torrente histórico. Pero era dable que en el siglo XIX se encendiera la contienda sobre asuntos de principio.

Newman nos presenta entonces su pensamiento. No hay duda que el Cardenal conocía los postulados

de Kant y Fichte; pero dado que habían aparecido en el horizonte británico la 'University of London' y los 'Queen's Colleges' de Irlanda, que negaban la legitimidad universitaria de los estudios teológicos, Newman levantó su voz, en sus Segundo, Tercero, Cuarto y Quinto Discursos (22).

Una universidad —piensa Newman— en fuerza de su mismo nombre, tiene como profesión enseñar la universalidad del saber. La teología es una rama del conocimiento; por lo que no se ve motivo para que sea excluida de la universidad y de los currículos. Todas las disciplinas, en último término, están unidas, porque todas derivan de un acto del Creador. La Universidad es ante todo pensamiento libre y filosófico que nos lleva al conocimiento de Dios. "Si Dios es más que la naturaleza y está por encima de ella, la Teología exige un puesto entre las ciencias. La doctrina religiosa es conocimiento en un sentido tan amplio como es la doctrina de Newton. La educación universitaria sin teología, es sencillamente, anti-filosófica. Teniendo en cuenta que el verdadero sentido de la Universidad consiste en la enseñanza de todas las ciencias, no puede excluirse la teología sin caer en palmaria contradicción (23).

(22) NEWMAN, JOHN HENRY, CARDINAL. *The idea of a University*. Doubleday Image Book, 1959.

(23) NEWMAN, J.H. *Naturaleza y fin de la educación universitaria*. (Traducción de *The Idea of a University* op. cit.,) citado de la edición castellana dicha, por Illanes, op. cit., p. 16.

Otra razón aduce Newman. "En el caso que no se enseñe la Teología, su dominio no será tan sólo descuidado, sino usurpado por otras ciencias, las cuales enseñarán sin la debida garantía, conclusiones propias sobre materias que necesitan principios peculiares para su debida formación y disposición" (24).

La Facultad de Teología es, pues, pináculo de la Universidad. Pero además, la facultad y los estudios teológicos, deber de la institución universitaria para consigo misma, lo son también para la formación integral de los estudiantes (25).

Huelga decir que cuando nacieron en el septentrion de América los 'colonial colleges', los estudios teológicos escriturísticos jugaron importante papel para la formación de sus expositores y de los pastores del ministerio religioso. No los estimulaba a actuar así pensamiento universitario alguno. Con todo, desde antes de 1750 Harvard y Yale ya habían constituido una 'faculty' de teólogos que enseñaban en las 'Divinity Schools'. De manera que en la 'university era' de los Estados

Unidos, después de la Guerra Civil (1861-1865), las nuevas profesiones que entonces nacieron encontraron junto al derecho y a la medicina, claramente constituida, la profesión teológica, en algunas de las antiguas instituciones: lo mismo que las renombradas 'Theological Societies', iniciadas en Harvard desde el siglo XVIII (26).

Es comprensible que como efecto del secularismo, del pragmatismo profesional y del influjo del pensamiento teutón, instituciones que nacieron en los años dichos, como Cornell y John Hopkins, no hubieran tenido en cuenta, por principio, la 'Divinity School'; no así su contemporánea, como es obvio, la Catholic University of America (27)

Hacia 1880, la rampante secularidad incomodó y alarmó a no pocas denominaciones religiosas en los Estados Unidos, singularmente por la forma como este afectaba el ambiente de las universidades. Apareció entonces el Primer Catholic Club entre los estudiantes pregraduados de la Universidad de Wisconsin, en 1880, el cual es hoy reconocido como precursor de los

(24) Ibid., p. 23.

(25) MCGRATH, op. cit., pp. 107-135.

(26) RUDOLPH, FREDERICK. *The American College and University. A History.* A Vintage Giant, Vintage Books, 1965. pp. 6, 342, 78-79.

(27) Es amplio el número de facultades de teología católica en los EE.UU. Sobre el ejercicio de las libertades académicas y la autonomía de estas instituciones, ver MANIER, EDWARD and HOUÇK, JOHN W. *Academic Freedom and the Catholic University.* Fides Publishers, Inc., 1961. Sobre la autonomía de la Universidad católica en general, ver: THERY, RENE, *L'Autonomie des Universités catholiques.* Fédération Internationale des Universités Catholiques, Monographies F.I.U.C., París, 1964.

'Newman Clubs', para atender las necesidades teológicas y religiosas de los estudiantes y profesores. El movimiento se extendió y fue imitado por las comunidades hebreas que estudiaban en instituciones protestantes (28).

A la postre, en lo teológico y en lo religioso, como en tantas otras cosas del estilo norteamericano de universidad, hay de todo y para todos los gustos, ideologías y tendencias. Hoy existen en ese país, lo mismo facultades de teología protestante de varias denominaciones, como católicas y estudios teológicos lo mismo hebreos que islámicos.

En España, dice Menéndez y Pelayo (1865-1912), desde mucho antes de 1845 había desaparecido de las universidades la Facultad de Teología, que según él mismo lo atestigua gozaba de poco prestigio en sus últimos tiempos. "Mirada con recelo por unos, con desdén por otros, con indiferencia por la mayor parte, nadie la echó de menos, y nadie ha intentado seriamente su restauración aunque medios había para ello dentro del régimen concordatorio en que actualmente vivimos". En consecuencia, como en Francia de donde copió la península todo lo educativo en los siglos XVIII y XIX, la

teología halló refugio en los Seminarios episcopales, según la mente del Concilio Tridentino. De lo primero se duele el autor citado, por ser oprobio para España, patria de Suárez y de Melchor Cano; cuando en cambio, no se considera "como signo de atraso en Alemania ni en Inglaterra ni en parte alguna", que la teología fuera disciplina de la universidad (29).

Sería de estudiar en el caso latinoamericano, la razón por la cual no hay facultades de teología en ninguna institución oficial que yo sepa. Los motivos son perfectamente comprensibles a la luz de las ideas que afectaron la universidad de nuestro continente en el siglo XIX, antes y después de las luchas de independencia.

Es indudable que Francisco Giner de los Ríos incluye en su concepto de universalidad latina a España e Italia que padecieron los influjos universitarios napoleónicos. Y, por supuesto, a Latinoamérica. De esta universidad latina dice el educador español que fue la que más rompió con las tradiciones históricas de la universidad, la más profesionalista y, por ende, proclive a desentenderse de la teología como facultad universitaria, católica o protestante (30). En nuestro continente, esta es la realidad,

(28) RUDOLPH, op. cit., p. 459.

(29) MENENDEZ Y PELAYO, MARCELINO. *Historia de los Heterodoxos españoles* Emecé Editores, Buenos Aires, 1945. Tomo I, p. 52.

(30) GINER DE LOS RÍOS, FRANCISCO. *La Universidad Española*. En *Obras completas de...* II. Madrid, 1916. p. 110. El estudio sobre la universidad data de 1902.

porque muchas legislaciones universitarias son napoleónicas hasta los mismos tuétanos.

Las razones que explican la inexistencia de facultades de teología en el modelo universitario soviético, están Patentes. Sé de una Academia de Teología católica en Lublin, Polonia; y es posible que exista alguna afín de la iglesia ortodoxa.

II. QUE DECIR DE HOY?

Es evidente la imposibilidad de tener facultades de teología en todas las universidades. Sería innecesario. Inconveniente. Ni siquiera se requiere que cada universidad católica posea facultad de teología. A este respecto el Concilio Vaticano II recomienda la promoción de universidades y facultades católicas, bien distribuidas en todas las partes de la tierra, y que no sobresalgan por su número, sino por su consagración a la ciencia" (31).

Otra cosa es que con achaques de positivismo científico u otro cualquiera, de principio se sostenga que la teología no pertenece a la naturaleza universitaria en nuestros días.

Hoy más que nunca la universidad, en concepto general, reclama la presencia de la teología; en razón de los efectos causados por la ciencia y la técnica en la sociedad y la

cultura, por el hombre, en beneficio de la universidad y de la teología misma, por la investigación y la comprensión interdisciplinaria, por la cultura y su evangelización.

1. Por los efectos de la ciencia y la técnica en la sociedad y en la cultura

Nos consta que la época presente está dominada por la ciencia y su cara visible, la técnica. Ambas penetran todas las imbricaciones sociales y culturales. Dice el Concilio Vaticano II:

"Siempre se ha esforzado el hombre con su trabajo y con su genio en perfeccionar su vida: pero en nuestros días, gracias a la ciencia y la técnica, ha logrado dilatar y sigue dilatando su dominio sobre casi toda la naturaleza; y, con ayuda sobre todo del aumento experimentado por los diversos medios de intercambio entre las naciones, la familia humana se va sintiendo y haciendo una única comunidad en el mundo. De lo que resulta que gran número de bienes que antes el hombre esperaba alcanzar sobre todo de las fuerzas superiores, hoy los obtiene por sí mismo" (32).

No se trata entonces de adjetivas innovaciones sino de un auténtico cambio de civilización, cuyo distintivo es la ciencia y los inventos técnicos. El espíritu científico ha modificado profundamente el am-

(31) CONCILIO VATICANO II. *'Gravissimum educationis momentum'*, 10.

(32) *Ibid*, *Gaudium et Spes*, 33.

biente cultural y las maneras de pensar. La técnica con sus avances está transformando la faz de la tierra e intenta ya la conquista de los espacios interplanetarios”.

De aquí provienen ciertas notas características de la cultura actual; las ciencias exactas cultivan al máximo el juicio crítico; los más recientes estudios de la psicología explican con mayor profundidad la actividad humana; las ciencias históricas contribuyen mucho a que las cosas se vean bajo el aspecto de su mutabilidad y evolución; los hábitos de vida y las costumbres tienden a uniformarse más y más; la industrialización, la urbanización y los demás agentes promueven la vida comunitaria y crean nuevas formas de cultura (cultura de masas), de las que nacen nuevos modos de sentir, actuar y descansar.

Al mismo tiempo, el creciente intercambio entre las diversas naciones y grupos sociales descubre a todos y cada uno, con creciente amplitud, los tesoros de las diferentes formas de cultura que va gestando en sí misma una forma más universal (33).

Tales, signos de nuestros tiempos. Y si la teología es hermenéutica que interpreta el mensaje revelado hoy y aquí, requerimos teología

al día, para la sociedad y para el hombre. El avance de la ciencia y de la técnica no es reversible, y la teología en la universidad y desde la universidad está llamada a participar en la política de la ciencia, porque ciencia y sociedad son misiones universitarias.

2. Por el Hombre

Ante estos hechos nuevos, prosigo con el Concilio, la teología debe vivir el convite universitario por razón del hombre.

Pues todo “este progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo” lo ha producido el hombre con el “trabajo de sus manos y más aún por el trabajo de su entendimiento”.

Pero, “el hombre actual parece estar siempre amenazado por lo que produce”; “todo recae sobre él, sobre sus juicios y sus deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sus comportamientos” (34).

Surge entonces en él el desequilibrio entre la inteligencia práctica moderna y una forma de conocimiento teórico que no llega a dominar y ordenar la suma de sus conocimientos en síntesis satisfactoria. Brota también el desequilibrio

(33) JUAN XXIII. *Pacem in Terris*, 148. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 44. Ver discurso de JUAN PABLO II en la Conferencia General de la UNESCO, París, y *Redemptor Hominis*, 10.

(34) *Gaudium et Spes*, 4.

entre el afán por la eficacia práctica y las exigencias de la conciencia moral y no pocas veces entre las condiciones de la vida colectiva y las exigencias de un pensamiento personal y de la misma contemplación. Surge, finalmente, el desequilibrio entre la especialización profesional y la visión general de las cosas.

“En esta situación no hay que extrañarse de que el hombre, que siente su responsabilidad en orden al progreso de la cultura, alimente una más profunda esperanza, pero al mismo tiempo note con ansiedad las múltiples antinomias existentes, que él mismo debe resolver: “Una de ellas, cómo la tan rápida y progresiva dispersión de las disciplinas científicas pueda armonizarse con la necesidad de formar su síntesis y de conservar en los hombres las facultades de la contemplación y de la admiración, que llevan a la sabiduría?” (35).

Si la ciencia y la sociedad son misión universitaria, lo es también el hombre que forma el complejo social y es autor de los conocimientos. Esté entonces presente la teología en la universidad, por ser ella factor del equilibrio y la esperanza.

3. Por la Teología y la Universidad

Vistas estas circunstancias nuevas de la ciencia, de la cultura, de la

civilización y del hombre que las ha producido —situación que es alentadora!—, la presencia de la teología en la universidad es necesario para beneficio mutuo.

Pues la teología es, como las restantes facultades y disciplinas universitarias, una de las que hacen sentir dentro de éstas —quizás la que más!— la necesaria unión de las universidades con la vida social de los pueblos.

Este aspecto social preponderante es una de las grandes notas de la universidad contemporánea. Todas las fuerzas históricas, comenzando por la misma historia, y siguiendo con el respectivo orden estatal, jurídico, administrativo, político y educativo, tienen un interés particular en la universidad.

Pero el caso de la teología es siempre el más urgente. Porque ella no debe permitir que se elimine por principio lo ineliminablemente único que se encuentra en la base de la teología cristiana, para disolverlo en lo general; y porque la mediación de lo general, de la razón, es precisamente el problema de la teología, desde que existe una teología cristiana.

Pues bien, “el encuentro más poderoso e inmediato de lo cristiano y de lo humano se produce en la ética, ya que toda su temática proviene de lo humano” (36).

(35) Ibid, 8.

(36) TRILHAAS, op. cit., pp. 56-57.

Pero no podemos reducir la ética solamente a una ética natural, sin fundamento trascendente. Por este motivo no es dable a la teología encerrarse en sus propios pensamientos, desasida de las cuestiones prácticas que diariamente se suscitan en el ejercicio de la jurisprudencia, de la economía, de la política, de la salud, de la educación, de las profesiones técnicas.

Es cierto que ninguna ciencia universitaria debe o puede agotarse en lo exclusivamente práctico y en el servicio inmediato de la vida temporal del hombre. Mucho menos la teología. Pero la idea de la aplicación no puede ser despreciada, so pena de transformar la ciencia, también la teología, en juegos vacíos.

La teología en la universidad debe ser seminario que investiga, cátedra que enseña, púlpito que predica, altar de culto, pan sacramental del espíritu trascendente del hombre y respuesta a sus necesidades temporales.

La teología, si de algún modo activa en la textura de la universidad moderna, recordará persistente a todo el cuerpo universitario que la libertad no es arbitrariedad y que la libertad de la ciencia es siempre una libertad controlada.

La universidad ha demostrado ser siempre un reflejo del mundo y del hombre mismo. Todo aquello que pertenece al hombre, es de la universidad y objeto de su actividad

científica; no sólo bajo la forma de un conocimiento neutral, sino también de su dominio reflexivo. Pues bien, lo ético y lo religioso son del mundo, del hombre y de la sociedad. La teología, pues, completa dentro de la universidad la visión histórica y total del saber y mantiene vivo en la universidad el interés por las viejas y eternas cuestiones de la humanidad. De lo contrario, la universidad divagaría desorientada por el inmediatez de situaciones siempre cambiantes.

4. Por la investigación y la comprensión interdisciplinaria

Prosiguiendo en el elenco de razones, la teología es de la universidad por imperativo de la investigación y el acercamiento interdisciplinarios.

La presencia universitaria de la teología le permite investigar los rumbos del pensamiento y tomar parte en ellos, por lo mismo que no puede prescindir de analizarlos todos. La universidad ayuda a la teología a vivir al día y no dormir sobre sus tradiciones. Le recuerda su propia libertad. Esta libertad es el ámbito en donde la relación de la teología con la universidad ha tenido una historia rica en transformaciones.

Como es sabido, no existe un concepto de ciencia que sea válido para toda la universidad. La antigua diferencia —muchas veces cuestionada pero aún mantenida—, entre ciencias de la naturaleza y ciencias

del espíritu, hace referencia a la falta de unidad en el método.

La teología pertenece, sin duda, al gran complejo de las ciencias del espíritu. Y esta comunidad de destino con ellas, significa para la teología moderna, ante todo, que ninguna cuestión de fe le está dada de inmediato sino a través de la transmisión histórica a la que tiene que acercarse con métodos críticos, propios de la historia.

Urge, pues, a la teología comprobar la validez de su método científico y cómo es ella ciencia —asunto de expertos que yo eludo—, a fin de que legitime su presencia en la universidad y entre en convivencia inmediata con las restantes ciencias del espíritu.

Pero además, recordando cómo describe San Juan el universo celestial, en la universidad hay también “muchas viviendas”. Viviendas para el orden científico de la naturaleza material.

Estos diversos asentamientos universitarios de ciencias tan dispares, pululan en tensiones, pero a la vez estimulan la necesidad de comprenderse y entenderse todas, aunque no dominarse y saberse.

Ni la teología puede encerrarse en su domicilio, ni tampoco las

restantes ciencias. Es necesario saber de lo que pasa en la vivienda del vecino. La teología, como todas las ciencias, está en la universidad para convivir —es la interdisciplinarietà—, y entenderse y respetarse en el constante diálogo interdisciplinario. Este permite a la teología y a todas las ciencias mantenerse en constante renovación de los propios haberes de cada una.

Si la universidad es a la vez universalidad y unidad del saber, esto es, íntima interdisciplinarietà, la teología debe estar presente en este diálogo de las ciencias: para que se le respete su propia libertad de investigación científica. Sea más profunda la comprensión que de ella se alcance. La teología comprenda el universo de los métodos científicos y perciba con profundidad mayor, cómo la fe y la razón tienden a la misma verdad (38).

De esta manera puede lograrse una como presencia pública, estable y universal del pensamiento cristiano en todo el afán por promover la cultura superior (39). Pues “nunca quizás, ha parecido tan clara como hoy la posibilidad de un profundo acuerdo entre la verdadera ciencia y la verdadera fe, una y otra al servicio de la única verdad” (40).

(37) MONCADA, ALBERTO *Administración Universitaria. Introducción sistemática a la Enseñanza Superior*. Fundación Moncada-Kayon. Madrid, 1971, p. 23.

(38) TRILHAAS, op. cit., p. 57.

(39) *Gravissimum educationis munus*, 10.

(40) CONCILIO VATICANO II, *Mensaje del Concilio a la Humanidad*, a los hombres del pensamiento y de la ciencia, (6).

Posibilidad y exigencia interdisciplinarias que requieren de esfuerzo. Porque hoy en día es más difícil que antes sintetizar las varias disciplinas y ramas del saber. Al acrecentarse el acervo y la diversidad de los elementos que constituyen la cultura, disminuye al mismo tiempo la capacidad de cada hombre para captarlos y armonizarlos orgánicamente, de forma que cada vez se va desdibujando más el "hombre universal". También exigencia porque ya no se da la primacía de una disciplina sobre las restantes (41).

Con todo, en este mismo empeño interdisciplinario y evangelizador de las ciencias, se ve el sendero para combatir el ateísmo, mediante la exposición adecuada y concertada de la ciencia teológica. Y demostrar así cuán evidente es lo que declara el Concilio Vaticano I sobre la existencia de "dos órdenes de conocimiento" distintos: el de la fe y el de la razón; y que la Iglesia no prohíbe que "las artes y las disciplinas humanas gocen de sus propios principios y de su propio método. . . cada una en su propio

campo"; por lo cual, reconociendo esta justa libertad, la Iglesia afirma la autonomía legítima de la cultura humana, y especialmente de las ciencias (42).

En aspecto de tanta importancia, insiste Juan Pablo II en la *Redemptor Hominis*: "Como en las épocas anteriores así también hoy —y quizás todavía más— los teólogos y todos los hombres de ciencia en la Iglesia están llamados a unir la ciencia con la fe y la sabiduría para contribuir a su recíproca compenetración. . . Este compromiso hoy se ha ampliado por el progreso de la ciencia humana, de sus métodos y de sus conquistas en el conocimiento del mundo y del hombre. Esto se refiere a las ciencias exactas, como a las ciencias humanas, así como también a la filosofía" (43).

Hablando de investigación, viene al caso un apunte aledaño a nuestro tema.

La antigua y penosa lucha entre la investigación y la enseñanza es, desde el punto de vista de la teolo-

(41) ILLANES, op. cit., pp. 25-27. GAUDIUM ET SPES, 61. "Estamos muy lejos de aquella situación en que se podía considerar que la teología presidía el mundo del saber y que podía decidir cuál era la buena ética y qué imperativos de ella tenían que orientar la marcha del mundo técnico y no técnico. Los teólogos somos conscientes de ello y, además, no vemos esta situación como mala contra lo que piensan algunos. . . Lo que se ha expresado con la doctrina de la autonomía de las realidades terrenas (Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 36) responde a una persuasión muy viva del cuerpo social de los teólogos. . ." MARDONES, J.M. y TORNOS, ANDRES. *Teología del Futuro*. En Dou, Alberto (Editor). *Aspectos éticos de desarrollo tecnológico*. Biblioteca de Fomento Social, Mensajero, Bilbao 1979, p. 240. Pero esta misma posición de la teología la autoriza para entrar con su propia autonomía en el diálogo interdisciplinario de las ciencias.

(42) *Ibid.*, 21 y 59.

(43) JUAN PABLO II. *Redemptor Hominis*, 19.

gía, una lucha ingrata. La teología, como las restantes ciencias, oscila entre el acento de la investigación o de la docencia. Los investigadores, también los teólogos, conocen en su mesa de trabajo la penosa verdad de que sólo es verdadero profesor universitario el que llega a sentir que las clases y lecciones perturban su trabajo de investigación. Con todo, investigación y docencia son imprescindibles:

Pues la enseñanza tiene en la teología un sentido fundamental. En tanto anunciación profética y apostólica, la enseñanza es la forma primaria del acceso de la teología a las realidades que le son propias. Pero la teología es también investigación constante. Es 'revelación'. Y revelación, en el fondo, no significa otra cosa sino que la verdad se nos devela.

Además, desde el punto de vista pedagógico que ahora más nos compete, es indudable que la investigación es la mejor madre del aprendizaje. Quien investiga, por ello mismo aprende y enseña, sea él profesor o estudiante. Y si enseñar alguno lo intentara, omitido el placer duro de la investigación, se verá desprovisto de las calidades del buen maestro.

Baste hasta aquí esta breve nota sobre las tensiones universitarias entre investigación y docencia, tan discutidas desde el día en que la universidad alemana del siglo XIX tuvo la audación triunfante de con- jugar en el seminario investigativo,

la enseñanza y el aprendizaje asidos a la investigación. Fue este un diálogo fecundo entre las dos funciones académicas, por antojo contrapuestas.

Similares tensiones siempre se han dado, a todos los niveles, entre la 'ecclesia quarens' y la 'ecclesia docens'. Entre investigación y cátedra. ¿Porqué no siempre invitarse al diálogo?

5. Por la cultura y su evangelización

Algo pudiéramos decir sobre la noción de cultura y sus valores. Pero paso por alto tan apasionante asunto para declarar que siendo una la cultura humana, como lo es la sociedad de los hombres, estilos de vida y escalas de valores diferentes crean en todo cultural facetas y matices históricas y actuales. No obstante, se habla hoy de los 'universales de la cultura', por contraste con aquellos rasgos de orden tópicó y local.

Son ellos: Cuanto el hombre hizo para organizar el conjunto de sus conocimientos y saberes, el pensamiento filosófico y el pensamiento científico. Cuanto ha venido disponiendo para organizarse en sociedad: Lo político y lo económico. También es universal de la cultura el orden técnico, pues el hombre, para satisfacer sus necesidades, de las ciencias derivó los quehaceres materiales. Otro, es el universal de las artes o gestiones del espíritu para buscar senderos de expresión a las concepciones de la mente.

Siguen la palabra y las lenguas, instrumentos de la comunicación humana, universales éstos, considerados por el Concilio de importancia suprema en el mundo de hoy. Por fin, el elevado y trascendente sentido de los sistemas religiosos para entablar el diálogo con Dios.

Siete 'universales', todos concatenados en sistema; pero, cada uno de ellos constituido en especie de sistema autónomo que tiene su propia fisonomía y leyes, sus propios subsistemas universales reducibles a tres amplias instancias: La instancia política, la económica y la más genuinamente cultural que circunscribe los ámbitos de las ciencias, técnicas y artes y las aspiraciones de tipo religioso (44).

Su Santidad Pablo VI, en la *Evangelii Nuntiandi*, nos descubre un concepto claro de misionología; pues por la labor de evangelización "no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación (45).

Lo que importa es —agrega el Pontífice—: "evangelizar no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre, en el sentido rico y amplio que tiene sus términos en la *Gaudium et Spes*, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios (46).

El Evangelio, y por consiguiente la evangelización —precisa la Encíclica— no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y Evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna" (47).

Y concluye presentando lo que debe constituir la máxima misión eclesial universitaria: Pues "la ruptura entre el Evangelio y la cultura es sin duda alguna el drama de nues-

(44) Ver DERISI, Octavio N. *Esencia y ámbito de la cultura*. Editorial Columbia, Colección esquemas. No. 117, 1975. *Gaudium et Spes*, 82.

(45) PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 19.

(46) *Ibid.*, 20.

(47) *Ibid.*

tro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada”.

La cultura es misión universitaria; de la teología en la universidad, es evangelizar la cultura en todos sus recodos.

III. CONCLUSION

Madre e hija a la vez de la ‘universitas’ primigenia, puesta en duda su alcurnia universitaria por efecto del pensamiento científico, albergada en los seminarios conciliares por comprensibles disposiciones tridentinas, reducida a la formación de clérigos y pastores, ignorada, apartada y tolerada por tal o cual estilo universitario del siglo XIX y por el positivismo coetáneo; es posible que la Facultad de Teología haya terminado por sentirse cómoda bajo techo propio independiente, donde menos la inquieta el ajeteo académico, administrativo y físico del marco contemporáneo de la universidad.

No se niegue que esta relativa placidez, donde se ha dado, es propicia a la investigación y al mensaje apostólico. Pero la universidad

como un todo requiere, hoy más que nunca y adentrada en su seno, de la que atrora fuera la ‘facultas princeps’.

* * * * *

Aunque tangente y relacionado, no se confunda la presencia teológica en la universidad, con la ‘universidad católica’ como institución. En cuanto a lo primero, la contienda de marras, no importa de que teología se trate, mientras pruebe validez científica.

Pero la ‘universidad católica’ de que hoy hablamos es otro asunto. La teología fue pertenencia de la ‘universitas’ medieval. Esa teología fue la católica, y la universidad del medioevo lo fue por definición cultural. Se vivía en esos tiempos un clima de fe. Tal era la cultura. Con la fe de todos se contaba y la ‘universitas’ partió de la circunstancia social. Era la “fides quaerens intellectum” de San Anselmo, y todo el saber se puso al servicio de la búsqueda (48).

En el Renacimiento, las universidades de la reforma protestante hicieron hincapié en las fuentes históricas del mensaje revelado, menos ocupadas del esfuerzo filosófico para intentarle explicación. Al ‘ite et docete’ se lo despojó del carisma oficial de la Iglesia. Era el libre examen. Estas y otras notas definieron el confesionalismo teológico y

(48) MANIER, op. cit., p. 90.

religioso de las universidades protestantes.

La Reforma católica modeló su propio confesionalismo, en torno a las enseñanzas tridentinas. Confesionalismo de libertad. Quiso el Cardenal Cisneros, que su nueva fundación universitaria en Alcalá de Henares, estuviera abierta a las 'tres verdades': esto es, a las aproximaciones tomista, escotista y nominalista del mensaje de la revelación (49).

Hasta los momentos dichos, pudo haber acontecido que la confesionalidad religiosa se fundamentara en la existencia universitaria de la correspondiente teología. Pero no siempre. Se dio y subsiste el caso alemán de la presencia universitaria de dos facultades, protestante y católica; o que la única al haber, enseñe con paralelas solemnidades académicas ambas teologías.

Situados ahora frente a la universidad moderna, que empieza a nacer en los albores del siglo XIX, nos encontramos con la 'universidad católica' en el sentido institucional con que la entendemos.

No es del caso entrar a examinar las razones de su origen y sus notas distintivas. Lo cierto es que no es definitiva la facultad de teología

para darle a la universidad el carácter de católica. Mas si la posee, de la tal institución universitaria se espera un confesionalismo vigoroso, al que aporte, la que más, la facultad de teología científicamente fundada.

Confesionalismo que al tenor de lo dicho, no desdice de la naturaleza universitaria como tal, así Bernard Shaw proclamara que la universidad confesional es una contradicción en los mismos términos.

¡Ay de la universidad sin principios y sin metas! Corre a la deriva. En nuestro medio colombiano, los confesionalismos se dan con variadas tendencias: filosóficos y políticos a más de los católicos. Este confesionalismo distingue a la Universidad Javeriana. Universidad existe entre nosotros que habla en público de su 'direccionalidad'; neologismo simpático que usa para evadir que la tachen de confesional, aunque lo es. Y universidades hay de confesionalismo migratorios, cuyas rutas y principios dependen del timonel o rector de turno.

Pero la 'universidad católica' como institución nacida en el siglo XIX, de corte ecuménico —vale decir, universal— junto a los estilos nacionales, daría materia para otra 'lectio inauguralis'.

(49) LLORCA, S.J. BERNARDINO et alii, *Historia de la Iglesia Católica*.